

Entretanto, Juan volvió á la estacada. La tripulación del bergantín estaba á bordo, pronta á hacerse á la vela; el bote acababa de colocarse en su sitio, y Juan, sorprendido, recordó la embarcación donde había hecho su travesía por el Ródano. El turco, con su turbante y su pistola de mecha, estaba en el timón.

—Señor capitán, ¿queréis concederme una entrevista de dos minutos antes de partir?—dijo Juan.

—*Mi non poter; deber partir.*

—Es preciso que os hable—añadió el niño.—No me habéis dicho si tengo en mi favor algún privilegio en el trato que hicimos esta mañana. Me alegro mucho de haber salvado al comendador; pero si tengo algún privilegio, por pequeño que sea, ¿queréis decírmelo?

—*Mi non saper que ti querer*—repuso el impasible turco.

Las velas del bergantín se izaron de repente, é, infladas por el soplo del mistral, se movieron para llevarse al navío por la impetuosa corriente. Juan, desesperado, colocó las manos junto á la boca en forma de tornavoz, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Una palabra, por compasión, señor capitán! ¿Sois Potamogeiton? ¿Sois el genio del agua? ¿Volveré á ver á la hermosa Hydora, ó ha sido todo un sueño?

El niño se estremeció de gozo viendo que el capitán se llevaba la bocina á la boca, y escuchó con atención, pudiendo oír claramente estas palabras:

—*Mi non saper que ti mi decir.*

Las velas del bergantín se perdieron en los vapores: tal era la rapidez de su marcha. Juan se dejó caer en la arena, y deshecho en lágrimas repetía:

—*¡Mi non saper!* ¡Qué rabia! ¡*Mi non poter!* ¡Hydora! ¡Desdichado de mí, Potamogeiton! ¡Qué necio fui no exigiendo mejores condiciones! ¡Qué imbécil! ¡Habría podido pedir honores y bienes! ¡Maldito Potamogeiton! ¡Maldita Hydora! ¡Os habéis burlado de mí! ¡*Mi non saper!* ¿Será verdad que no me comprendía? ¿Lo habré soñado todo? ¡Ay, sí! ¡Sin duda. Hydora y Potamogeiton, la lejía hirviendo y la Camarga, ha sido todo un sueño!

Pocos días después se leía sobre una tumba de mármol en el cementerio de Arlés:

AQUI REPOSA

EL NOBLE Y SANTO VARON

ANTONIO QUIQUERAN

COMENDADOR DE MALTA

SOLDADO DE DIOS

EN LOS MARES DE ORIENTE

V

Un joven de diez y siete años, jinete sobre un potro árabe, caminaba por la carretera de Nimes á Montpellier. Vestido con un traje nuevo, llevaba á la grupa una valija bien provista, una capa amplia para los días de lluvia, las pistolas en el arzón, y traje, calzas y sombrero, á la última moda de París.

Pocos hubieran reconocido á Juan, el niño de coro, con aquel tocado, y menos aún con su elevada esta-

tura y resuelto continente. Era él, sin embargo, que, merced al legado del buen comendador, iba á dar la vuelta á Francia. Dos años de libertad habían bastado para desarrollar el arbusto que crecía en las sombras del claustro.

El Sol había curtido sus redondas mejillas, y sus miembros, fortificados por el ejercicio, anunciaban un convidado con buen apetito en el festín de la vida.

La experiencia y la reflexión habían borrado en parte aquel candor que había encantado al señor de Beaujeu; pero su corazón permanecía aún sencillo é inocente. A pesar del calor del día, maese Juan, con los ojos ávidos y la imaginación despierta, iba á galope. Cerca ya de Lunen le Viel, observó que delante de él, por la carretera, iba otro caballero, joven también, bien equipado, y seguido de un criado. Nuestro héroe, que no dejaba á su montura el tiempo preciso para respirar, se reunió muy pronto con el desconocido viajero: ambos se miraron y, como eran jóvenes y de aspecto semejante, simpatizaron entre sí. Juan saludó al desconocido con suma cortesía, y éste, devolviéndole el saludo con no menor política, colocó su caballo junto al de Juan, entablándose entre ellos una conversación.

—Señor—dijo Juan,—si os agrada que hagamos juntos el viaje, tendré en ello gran placer. En vuestro aspecto veo que no viajáis, como yo, por pura diversión; pero creo que el ir juntos nos distraerá.

—Acepto con gusto el honor de vuestra compañía—repuso el desconocido.—Habéis adivinado: verdaderamente, no viajo por diversión, y comprendo que debe de haber algo en mi aspecto que indique el estado de mi alma.

—Leo, en efecto, pena y melancolía en vuestro sem-

blante; y si es cierto que tales sentimientos se alivian manifestándolos, jamás hallaréis un corazón más dispuesto á oiros y simpatizar con vos que el mío.

—Sería entristeceros con un relato lamentable, señor hidalgo—dijo el desconocido sonriendo.—Vos parecéis feliz y de buen humor; contadme vuestras aventuras.

—Lo haré con gusto, toda vez que pretendo el honor de vuestras confidencias—repuso Juan,—y debo empezar dándoos testimonio de amistad. Os equivocáis tomándome por caballero: soy solamente un niño abandonado. Tal vez no os habréis fijado en que no llevo espada: llamadme, pues, maese Juan, porque no tengo otro nombre.

—Hace dos años era niño de coro, y cantaba en la capilla de los franciscanos de Arlés. Un señor anciano que vivía en dicha ciudad, el comendador de Beaujeu, me honró con su amistad inmerecida, y me dejó en su testamento cinco mil escudos de renta. Los parientes colaterales me han disputado la herencia; y para evitar el proceso acepté una transacción, dejándoles la mitad del legado. No habiendo nacido para rico, estimé suficiente el resto para viajar é instruirme, toda vez que en el convento sólo aprendí cosas poco útiles en el mundo.

—He pasado algún tiempo en Nimes, donde los jóvenes buscaban mi compañía. La suerte me favoreció: jugador inexperto, he ganado siempre; inocente con las mujeres, se enamoraban de mí sin pretenderlo yo, y he tomado lecciones de esgrima y equitación. Comprendiendo que nada me queda que aprender entre aquellos amigos que quieren imitar los excesos del duque de Orleans, y cansado de tales fanfarronerías, voy á Montpellier á fin de tomar otras lecciones, pues,

según me han dicho, allí se cultivan las letras con tanto empeño, que el Rey va a establecer una academia... La única cosa que me apena es un punto amenazador, en el cual pienso siempre con espanto: un compromiso que adquirí en los albores de mi entrada en el mundo, en pago de una deuda de honor y reconocimiento. Si no accedo á satisfacer mi crédito, me vere despojado de mis bienes y se oscurecerá mi estrella; pero aún faltan tres años para eso, y de aquí á una la suerte durá. Duermo, pues, tranquilo.

—No os durmáis muy profundamente, porque, aunque á vuestra edad todo parece lejano, el tiempo pasa con rapidez, y cualquier día al despertar os encontraréis con una sorpresa.

—A juzgar por vuestro aspecto—dijo maese Juan,—no debéis de saber mucho más que yo en punto á correr el tiempo.

—Tengo diez y nueve años—dijo suspirando el viajero;—¡mucha edad para el que principió á vivir muy joven! Mi historia no se parece á la vuestra: vuestra infancia se deslizó en la austeridad de un convento; la mía transcurrió entre mujeres que me colmaban de caricias y cuidados. Vos entráis hoy en el mundo, y yo me dispongo á darle un adiós eterno: ¡fuí demasiado feliz en mis comienzos! La debilidad de mis padres me ha hecho un ser insoportable, y he agotado la paciencia de cuantos me amaban. El Cielo, escandalizado de mi dicha, quiso terminarla llevándose á mi madre; poco después mi padre, dejándome en manos de una parienta que teníamos en Marsella, se retiró á un convento, donde tomó el hábito, determinado á pasar en devociones el resto de su vida. La exaltación de su pena hizo que tomara por devoción lo que no lo era, y tres años después sus

cartas me dejaron comprender que se arrepentía de haberme abandonado, y yo, por mi parte, reconociendo la necedad de mi disipación, y lleno de remordimientos por no haber sabido gozar de la ternura maternal, he tomado la resolución de rescatar mis faltas con un acto de abnegación en beneficio de mi padre. Parto, pues, con la idea de vivir bajo el mismo techo que mi amado padre, llevando el mismo hábito que él, y encerrándome en una celda próxima á la suya. Con mi presencia endulzaré el fastidio del convento, y tal vez podré expiar mis locuras con el sacrificio de una libertad que me pesa y un porvenir que me asusta. Mi padre es el señor de Cerdeña, y habita en el convento de Mínimos, en Perpiñán. Yo voy á esa ciudad con objeto de hacer lo que acabo de decir.

—Vuestro designio es noble—dijo Juan;—pero temo que se convierta en un infierno para vos. Hoy por hoy, comprendo la causa de vuestros pesares.

—Evitao gastar vuestra elocuencia—interrumpió el joven hidalgo,—á menos que la empleéis en alabar mi proyecto: he hecho un juramento, y Luis de Cerdeña nunca jura en vano. Mi melancolía procede sólo de no haber vivido bien hasta ahora; porque, aunque no he cometido ninguna falta grave ni tengo el corazón pervertido, he vivido en la disipación, y quiero buscar en el sacrificio la expiación de mis culpas.

Aún quiso Juan decir algo más; pero su compañero le cortó la palabra, y poco después llegaban á un cerro desde el cual se descubría un valle cuajado de olivos, y una porción de jovencillas que iban y venían.

—Creo que si mi infancia se hubiera deslizado en un sitio semejante, no tendría necesidad de tomar ahora el hábito—dijo el caballero de Cerdeña.

—Dispensad que os interrumpa con una idea que tal vez os parezca encaminada á quebrantar esa resolución que me espanta—dijo Juan;—pero los sacrificios, las abnegaciones exaltadas, son ideas muy femeninas.

—¿Dudáis de mi sexo?—preguntó Luis de Cerdeña riéndose.—Cuando lleguemos á Montpellier os propondré un asalto de esgrima, y podréis ver si hay muchos hombres que manejen la espada mejor que yo; y si un año atrás me hubieseis llevado á casa de vuestra querida, habríais podido conocerme mejor aún.

La conversación recayó en el capítulo de los amores, y Juan no tardó en comprender que su compañero sabía bastante en tan interesante materia: hablaba de las locuras de su juventud en tono ligero; pero en el fondo, se adivinaba una pasión oculta y una experiencia poco común á su edad.

—Tenéis razón al decir que no podría tomar el hábito si conservara un sentimiento que supera á todos los demás—decía Luis.—Realmente, sólo el amor podría desbaratar mis proyectos; pero él es quien me impulsa á huir: las mujeres no se conforman con lo que uno quiere darles, piden más de lo prometido, y nos acosan con sus celos y sus temores, con situaciones terribles, exageraciones de lenguaje y reproches continuos. Sería preciso tener la virtud de Griselidis para soportarlas. Por orgullo ó por obstinación, rompí un proyecto de matrimonio que me agradaba, temeroso de que me despidieran como merecía, y entonces se convirtió en resolución formal la idea que me había ocurrido de entrar en el claustro.

—¿De modo que el despecho amoroso es el que os aconseja entrar en un convento? Ese es el camino más seguro para los remordimientos y la desgracia.

—¿Despecho, ¡Pluguiese á Dios que lo hubiera sentido! En ese caso, mi mal no sería irremediable. El infortunio me ha hecho comprender una gran verdad: que sólo la propia familia nos ama en el mundo; la fuerza de la sangre es el único afecto duradero que resiste las pruebas. Por eso voy á arrojarme en brazos de mi padre, pidiéndole el consuelo que espero de él y dándole los que él necesita de mí.

—Mientras más os escucho—replicó Juan,—más me persuado de que pronto habrá en el convento de los Mínimos dos desdichados en vez de uno.

—Es que vos no sabéis que hay en mi vida un secreto que, aun cuando quisiera revelároslo, me veo precisado á ocultar—dijo Luis de Cerdeña.

—Os ocurre lo que á mí—añadió Juan.—Yo también os oculto uno de los hechos más importantes de mi existencia; pero tal vez llegue un día en que podamos revelárnoslo todo, haciéndonos las últimas confidencias.

El señor de Cerdeña no respondió, mostrando con su silencio que tal confidencia era imposible. Inclino la cabeza sobre el pecho, y cayó, al parecer, en un profundo ensueño. Maese Juan, que sentía arder su curiosidad, quiso estudiar en el semblante de su compañero las ideas que le consumían, y entonces pudo observar en él unas facciones delicadas y afeminadas y unas manos menudas. El señor de Cerdeña levantó la cabeza, advirtiendo el examen de su compañero.

—Maese Juan—dijo señalando una elevada valla que bordeaba el camino,—¿podríais hacer saltar vuestro caballo por esos setos?

—No me atrevería á hacerlo, á no verme perseguido por los bandidos del príncipe Eugenio.

Cerdeña clavó las espuelas en el vientre de su caba-

llo, y franqueó el seto con tal intrepidez, que Juan quedó confundido viendo el valor que se albergaba en tal frágil cuerpo.

—¡Sois un loco!—dijo á su nuevo amigo.—¿Por qué arriesgáis así vuestra vida, sencillamente por mostrar una destreza poco común?

—Descansaré en el convento; pero confesad, al menos, que si alguien me creyera una ninfa, no tendría necesidad, como Dafne, de convertirme en arbusto para huir del atrevimiento de Apolo.

Y á fin de no dejar duda alguna sobre su sexo, el joven hidalgo siguió hablando á Juan con extremada familiaridad. Al llegar á Montpellier se habían jurado amistad eterna. Al declinar la tarde, entraron en esta ciudad, y tomaron dos cuartos inmediatos en una hostería, que, á pesar de parecer la mejor del país, era bastante mala. Después de participar de una cena que si no hubiera estado sazónada con el apetito y la fatiga no habría podido satisfacerlos, se desearon una noche feliz y se retiraron á descansar.

Juan, antes de dormirse, perseguido por el recuerdo de su aventura en la Camarga, sintió la idea de que tal vez aquel joven que iba á encerrarse en un claustro podría servirle de algo; pero, indignándose contra sí mismo ante tal idea, se hizo las reflexiones que le ocurrían muy á menudo, y terminó acusando á Potamogelton de haberse burlado de su inocencia.

El sueño libró á nuestro héroe de aquellos tristes pensamientos; pero al amanecer fué despertado por los gritos que exhalaban una porción de personas reunidas en la plaza. Abrió la ventana, y supo que un hechicero ayudaba á la justicia á descubrir un crimen. Juan se vistió muy aprisa, y entró en la habitación de su amigo para invitarle á que bajara con él á la

calle. Al empuje que dió á la puerta saltó el cerrojo que Luis había pasado antes de acostarse, y Juan se halló ante el lecho donde aquél dormía profundamente con un brazo fuera de las ropas; brazo encantador y delicado, rematado por un hombro de sin igual blancura. La entreabierta camisa dejó ver un seno cuyas formas no dejaban duda sobre el sexo de aquella persona. Juan, mudo y absorto, no se atrevió á avanzar ni á retroceder. ¡Su compañero de viaje era una mujer, y de las más hermosas por cierto!

VI

Después de vacilar un instante, viendo que la hermosa dormida no se había dado cuenta de su presencia, Juan se retiró de puntillas, cerrando tras sí la puerta, y se fué solo á buscar al hechicero que había puesto á la ciudad en conmoción.

Santiago Aymar (que así se llamaba el brujo) era un campesino del Delfinado, que en su juventud solía adivinar con su varilla mágica dónde había manantiales, tesoros ocultos y, en general, todo lo que se perdía ó era robado. Su reputación se extendió en poco tiempo por toda Francia, y el Tribunal de Sión le llamaba para que hallara los criminales que él no podía descubrir. Su fama llegó á París; y habiéndose cometido un robo en el hotel del príncipe de Condé en 1692, el procurador del castillo hizo ir á Santiago Aymar: pero no se pudo descubrir al ladrón, y el brujo mismo declaró que su poder en aquel punto había

terminado, y vivió muchos años en su pueblo sin que volvieran á llamarle.

Unos días antes de que Juan llegara á Montpellier había desaparecido un joven de dicha ciudad, y la justicia, no pudiendo hallar rastro alguno, mandó llamar al hechicero: éste se aventuró á probar si daba resultado su intervención, aunque asegurando que no lo esperaba. Juan, deseoso de ver aquel espectáculo, preguntó qué camino habían seguido los grupos, y le llevaron hasta una casa donde Aymar acababa de entrar. El pueblo reunido en la calle esperaba el final de aquel proceso; pero al cabo de una hora vieron que bajaba el hechicero con una varilla en la mano y que, atravesando un patio, se dirigía á la calle.

El célebre adivino tenía cuarenta años; su frente indicaba una inteligencia excepcional, si bien después de las caídas que había tenido en el oficio parecía que la pena de su alma inundaba su rostro. En el momento que precedía á la experiencia su rostro tenía el aspecto soñador de los sonámbulos, y caminaba con lentitud, seguido por el procurador del rey y un escribano con la pluma en la mano. Aymar parecía ser víctima de un sufrimiento interior, y murmuraba palabras ininteligibles.

—Señores—dijo á los magistrados,—comprendo que no conseguiré nada. Sin embargo, la varilla tiembla en mis manos, y puedo asegurar que la persona desaparecida ha sido víctima de un crimen.

El hechicero se detuvo ante un grupo de aldeanos que le miraban, y sus ojos se fijaron en Juan.

—Acércate, joven, y ven á ayudarme—le dijo;—la varilla mágica te designa como un ser dotado de poder sobrenatural: con tu auxilio, tal vez conseguiremos descubrir algo.

Juan, acercándose al hechicero, se puso á su servicio.

—Amigo mío—dijo el hechicero á Juan,—toma esta vara de avellano, y, sosteniendo la horquilla con las dos manos, dirige la punta al cielo; consulta en ese momento á los cuatro puntos cardinales, y ve derecho en dirección al punto que te indiquen los estremecimientos de la vara.

Con gran sorpresa suya, Juan sintió temblar en sus manos la vara de avellano, y se orientó, á fin de saber el camino que debía tomar. La varilla los condujo fuera de la ciudad, á la colina de San Clemente, hasta detenerse bajo los arcos del gran acueducto de Montpellier.

—Tomad la varilla, Aymar—dijo Juan,—porque no puedo ir más lejos.

—¿Qué experimentas?—preguntó el hechicero.

—No lo sé; una angustia insoportable, como si fuera un presagio mortal.

—¡Aquí está el cuerpo de la víctima!—exclamó Aymar.

El hechicero rebuscó entre los matorrales, y halló la tierra removida; algunos aldeanos provistos de picas descubrieron un cadáver, en el cual reconocieron al hidalgo que había desaparecido.

—Dame la varilla ahora: voy á buscar á los autores del crimen—dijo Aymar.—Pero después de inútiles esfuerzos, tuvo que recurrir de nuevo á su discípulo. Apenas cambió de mano la vara de avellano, volvió á temblar. En una calle de la ciudad, ante una casa ruinosa, Juan volvió á detenerse, y exclamó:

—¡Sostenedme, Aymar; me siento presa de un vértigo!

—¡Aquí se cometió el asesinato!—dijo el hechicero.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
5 "ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEX

Los magistrados entraron en la casa, hallando, en efecto, todos los indicios de que allí se había cometido un asesinato, y las personas que al parecer eran sospechosas.

—Señores—dijo Aymar á los magistrados,—ahí tenéis la clave del delito: que la justicia siga su curso; nuestra intervención ha terminado.

Y tomando la varilla mágica, la hizo pedazos.

La justicia pudo obrar con seguridad. Terminó el sumario, y un mes después los bandidos que la varilla mágica había designado fueron ahorcados, unos, y otros, enviados á las galeras del rey.

Mientras los magistrados interrogaban á los acusados, Juan y Aymar salieron del tribunal por una puerta falsa, huyendo así de la curiosidad del público; el adivino parecía estar sumido en profunda meditación.

—No te obstines en querer retener un poder que se te escapa—se decía á sí mismo.—La ciencia y el estudio no te devolverán lo que has perdido; ha pasado tu tiempo, y no tienes ya nada que vender, en tanto que ese joven puede ofrecer un alma nueva. ¡Vuelve á tus labores, hechicero de desecho, porque ya no serás más que un asno!

—Maestro—dijo nuestro héroe,—¿queréis explicarme el prodigio que acaba de operarse con mi colaboración?

—No sé en qué consiste, hijo mío; pero, si quieres, te diré la buenaventura por medio de las cartas.

—Pero sabéis lo que ha ocurrido, en tanto que yo no puedo comprenderlo aún.

—¿Quieres reírte á expensas mías?—repuso Aymar.—Por ignorante que sea, veo con quién hablo. ¿No has hecho un pacto con los espíritus? ¿No tienes un plazo,

más ó menos largo, al fin del cual debes ofrecer un rescate ó caer para siempre en poder del otro?

—Así es, en verdad.

—Apostaría cualquier cosa á que no has leído el libro de los *Nueve anillos*, ni el de los *Nueve Candeleros* ni las *Clavículas de Salomón*, ni los consejos de ese gran rey á su hijo Roboam.

—No sé nada de eso—repuso Juan.

—Y, sin embargo, eres más poderoso que yo: puedes hablar como amo, en tanto que yo tengo que suplicar; imploro, y no me escuchan; invocó mi autoridad de iniciado en las ciencias ocultas, y el Infierno se burla de mí. Eres, pues, más hábil y más feliz que yo, joven.

Aymar había montado ya sobre su caballo.

—¿De modo que, según vos, la vara de avellano me ha conducido al sitio requerido á causa de mi pacto con el Diablo?

—¡Indudablemente!

—¿Y creéis que con otras varas semejantes podré descubrir los manantiales, tesoros y demás cosas ocultas, como hacéis vos en otro tiempo?

—Esas son sencillas bagatelas. ¿Valdría la pena de arriesgar el alma por tan pequeñas ventajas?

—¿Creéis, en ese caso, que debo gozar de mayores privilegios?

—¿Te burlas de los hombres, joven?

—No; os aseguro que no me burlo.

—En ese caso, adiós, y no temas mandar: hazte servir por los espíritus.

Y Aymar, dando un latigazo á su caballo, partió al galope.

—He ahí una cosa muy fácil de decir—se dijo Juan.—“; Hazte servir por los espíritus” ¿Cómo? ¿Por

qué? ¿Dónde están mis servidores? ¿Habré de ir á buscarlos á la Camarga? Aymar ignora que me he entregado sin condiciones: no ha podido pensar en la idea que me obligó á cometer tal locura. Y, sin embargo, si con una vara de avellano pudiera descubrir tesoros, no sería mal privilegio. ¿Llor á la bella Hydora! Tal vez se compadecería de mí y me concediera ese don secreto, á pesar del cruel Potamogeiton.

“Con una vara así, buscaré tesoros y recogeré sumas enormes; haré que mi hermosa compañera de viaje ceda en su odioso proyecto, y le devolveré el amante tan maltratado por ella: porque adivino que al hacerme la relación trocó los papeles. Los votos de su padre son el único obstáculo que se opone á su felicidad, y se disfraza de hombre sencillamente para estar á su lado. Quiero socorrer á esa desdichada familia: iré á Roma; á fuerza de regalos obtendré una audiencia del Papa, y conseguiré que le dispensen esos votos; después buscaré á un desgraciado, y le ofreceré cien mil escudos, un millón, cien millones por precio de su alma, y le entregaré á Potamogeiton. Después me casaré, gozaré honradamente de una inmensa fortuna, moriré como el comendador, y subiré al Paraíso en línea recta, á pesar de todós los diablos, acuáticos ó de otra clase.

Juan no volvió á su albergue hasta ser de noche, á fin de evitar la curiosidad del vecindario, que sabía ya todo lo ocurrido; una vez allí, preguntó por su compañero de viaje. El hostelero manifestó que apenas se hubo levantado pidió su caballo, y que había dejado una carta para él, en la cual seguramente marcaría el itinerario que debía seguir. Juan abrió la carta, hallando en ella lo que sigue:

“Caballero, al despertarme he comprendido que ha-

báis entrado en mi cuarto mientras yo dormía, comprendiendo así mi secreto. No os acuso de indiscreto, y supongo que sólo el azar os ha mostrado quien soy. Os pido como una gracia que guardéis mi secreto, porque de él depende mi porvenir y el éxito de un proyecto á que no quiero renunciar. Voy á cometer una falta engañando al prior de los Mínimos, entrando en su convento, y contrariando así las reglas de la Orden; pero Dios excusará mi falta en gracia de mi amor filial.

“Recordad la conversación que sostuvimos por el camino. Decíais que los grandes sacrificios son patrimonio femenino; comprenderéis, pues, mi abnegación por mi padre, que es la persona á quien más amo en el mundo; comprenderéis que cuanto he dicho contra las mujeres ha sido inspirado por el sentimiento de mis errores. Si sentís como yo lo ocurrido, culpad sólo á vuestra curiosidad, y, recordando la fábula de Psiquis, pensad que vale más ignorar mucho que saber demasiado. Adiós, caballero; os suplico de nuevo que no os opongáis á mis designios ni tratéis de buscar-me. Así aumentará la estimación que Luisa de Cerdeña ha concebido por vos.”

Sin haberse enamorado de la joven, Juan experimentaba por ella una viva simpatía; y como nada allenta más el deseo que una brusca separación, nuestro joven empezó á pensar que la señorita de Cerdeña quería decir lo contrario de lo que pedía. Meditó en silencio suspirando mientras comía, y después su tristeza se cambió en despecho é impaciencia; hizo ensillar su caballo y salió á pasear por la arboleda, con objeto de distraer su disgusto. Una vez en el campo, soltando la brida sobre el cuello de su montura, empezó á divagar absorto en su idea,

—Debería buscarla—se decía,—á fin de darle una explicación sobre lo ocurrido y demostrarle claramente que sólo la casualidad ha intervenido en el asunto. ¡Sí; debo correr tras ella y hablarle una vez más!

Un incidente extraño interrumpió su meditación. Percibió su sombra proyectada por la Luna deslizándose rápidamente sobre el blanquecino polvo del camino, y, creyendo que su caballo corría, volvió á recoger la brida. El caballo se detuvo, y Juan vió á lo lejos tras sí la ciudadela de Montpellier destacándose en la sombra.

—¿Qué es esto?—murmuró.—¿Habré andado tanto en unos minutos? ¿Dónde estoy? ¿No es ésta la carretera de Perpignan?

Y soltando la brida, acarició á su caballo al mismo tiempo que le decía:

—¿Adónde me llevas? ¿Vamos acaso en busca de Luisa de Cerdeña? ¡Llévame á ella, si sabes dónde está!

El caballo iba ya á galope: sus patas parecían no tocar la tierra, y el jinete, no sintiendo los movimientos inherentes á tal marcha, se inclinó para ver si su montura tenía alas; pero, aparte la extraordinaria ligereza de su marcha, nada vió en el caballo que pudiera parecerle sobrenatural.

—¡No podrá decirse que te temo cuando te conviertes en hipógrifo!—dijo.—Pero ¿no será una falta de cortesía correr tras Luisa, habiéndome suplicado que no lo hiciera? Me reprochará mi conducta, y en realidad, prefiero obedecerla para no perder su estimación.

Apenas acudió la idea á la imaginación de Juan, el caballo se detuvo.

—Pero si no consigo verla antes de que se cierren tras ella las rejas del claustro, no podré hacerlo ja-

más; y ya que este excelente animal ayuda á mi destino, sería un necio resistiéndome.

El caballo partió de nuevo con extraordinaria rapidez. Los árboles del camino pasaban como flechas por su lado, y Juan, sujetando el sombrero con una mano y la capa con la otra, sólo oía el silbar del viento, sin poder distinguir los objetos.

—¡Bendita seáis, generosa Hydora!—pensaba.—Este caballo es un don que me hacéis; sois compasiva con el desdichado niño engañado por el vil Potamogeiton, y con él y una vara de avellano intentaré muchas cosas que el resto de los hombres no pensará siquiera. ¡Corre, vuela, intrépido hipógrifo!

Y Juan, en su delirio, hablaba murmurando frases de sorpresa y alegría mezcladas con los resposos y lertanías que solía recitar en el convento. De pronto se detuvo el caballo. Juan vió que se hallaban ante un mesón, en la plaza de un pueblo, y, echando pie á tierra, llegó á la puerta, que se abrió en aquel momento, dejando ver un ejército de criadas provistas de bujías corriendo de un lado para otro.

Sin atreverse á preguntar, por temor de que se burlaran de él, pudo saber que se hallaba en Bezieres; y su sorpresa fué inmensa al comprender que había recorrido quince leguas en dos horas.

—Amigos míos—preguntó á los criados,—¿ha venido aquí un hidalgo joven y guapo, vestido de terciopelo y acompañado por un criado?

—¿Un jovencillo menudo, con cabeza de ángel?—preguntó una criada.

—¿Será acaso uno alto, grueso, con el semblante curtido?—dijo otra.

—¿Con un caballo blanco?—preguntó una tercera.

—Negro—dijo la primera que había hablado.—Le he

visto como os veo á vos, caballero, y puedo aseguraros que pasó por aquí esta tarde, antes de ponerse el Sol.

—¿Qué camino tomó?—interrogó Juan.

—El de Narbona; y, por más señas, que, como los caballos estaban cansados, se quedaron en la cuadra, y ellos partieron en un coche alquilado.

—¿Y por dónde creéis que podrá ir ahora el joven por quien pregunto?

—A unas dos leguas, todo lo más—repuso una voz.

—Está bien; repartíos ese escudo, y que Dios os ayude. Me voy; ¡adiós!

—¡Adiós, señor hidalgo; buen viaje, monseñor!—exclamaron las criadas.

La puerta de la hostería volvió á cerrarse, y Juan montó de nuevo á caballo.

—¡La suerte está echada!—se dijo.—Antes de cinco minutos, estaré cerca de la señorita de Cerdeña.

Pero el caballito tomó su marcha ordinaria, sin querer correr como antes. Inútil fué que el caballero usara las espuelas: su marcha no sobrepujaba á la de cualquier caballo ordinario.

—¿Qué significan estos caprichos?—exclamó Juan.—¿No quieres obedecerme? Pues me haré servir por los espíritus, como me aconsejó Aymar. Me dieron un caballo maravilloso, y no consentiré que te hagas vulgar.

Después de jurar, gruñir y pegar al animal, Juan se detuvo confundido.

—¡Ah!—murmuró.—¡Comprendo por qué te detienes! Es que, aunque mi mano te empuja y mi voz te ordena que vuelas, mi corazón vacila pensando si será correcto presentarme así ante la señorita de Cerdeña. Ya que sabes mis pensamientos mejor que yo mismo, no quiero contrariarte: tomemos una no-

che para meditar, que mañana podremos reunirnos con la hermosa fugitiva de Narbona.

Juan volvió á la hostería y pidió un cuarto, creyendo que pensaría mejor acostándose y que descansaría al mismo tiempo. Pero la noche no le dió los consejos que esperaba, porque apenas puso la cabeza sobre la almohada se quedó dormido, hasta que los rayos del Sol, penetrando por la ventana, le despertaron al día siguiente. Se levantó tarde, almorzó despacio, charló bastante con las criadas del mesón, visitó con detenimiento la ciudad, y así perdió el día. Cuando se acercaba la noche y andaba buscando la manera de que una silla de postas hiciera el camino en veinticuatro horas, le ocurrió la idea de que la señorita de Cerdeña podría estar ya en brazos de su padre. Corrió, pues, á la cuadra, ensilló por sí mismo el caballo, y partió á galope. El animal obedeció tan bien, que volaba, pasando por montes y bosques como una flecha, y Juan se sentía desvanecer y perdía la facultad de respirar. Afortunadamente, su suplicio no fué largo. Tras un impulso violento causado por la parada del caballo, Juan, seguro de hallarse al lado de la señorita de Cerdeña, iba á abrir ya los labios para pronunciar un galante cumplido, cuando advirtió que estaba ante las murallas de una ciudad fortificada. Un abate de rostro bonachón que paseaba con un libro en la mano, le miró sonriendo, y Juan preguntó el nombre de aquella ciudad.

—¡El príncipe caballero—repuso el abate.—Esta es la puerta del Castillete, nombre que procede de ese castillo pequeño que defiende la entrada; el río que veis más allá es uno de los brazos del Ter, que atraviesa el arrabal de Nuestra Señora. Esta magnífica fortificación se debe al señor de Vauban.